

Capítulo 755: Una Amiga De La Familia

Gandora atravesó el espacio entre los reinos celestiales, con un leve interés brillando en sus ojos rojos resplandecientes.

Viajar entre estos planos no resultaba tan incómodo como su compañero, Bayle, le había dicho.

La experiencia era un poco como empujar los dedos a través de capas de plástico.

Dejó que su compañero dramatizara demasiado la experiencia...

Tras unos 45 minutos de vuelo, Gandora atravesó una barrera bastante fuerte y llegó a una tierra completamente nueva.

El Plano Superior del Cielo, también conocido como Takamagahara, es el dominio de las deidades sintoístas y es similar a su Monte Olimpo.

Gandora aterrizó en un gran puente dorado, que conectaba los cielos con la tierra.

Con pasos poderosos, sus piernas avanzaban por la brillante estructura, viajando cada vez más y más lejos de lo que la vista podía alcanzar.

A millas de distancia, en el puente, solo había una figura de pie entre los forasteros y el Plano Superior del Cielo.

Era un hombre muy alto, con barba oscura, rostro rojizo y una nariz larga como la de un tengu.

Sus ropas estaban hechas de tela blanca que reflejaba su estatus, y apoyaba su cuerpo en una lanza enjorada.

Su mirada estaba llena de un sentido de desinterés, su mente ocupada únicamente con el próximo momento en que vería a su esposa.

Sarutahiko Ōkami es el dios brillante que guarda el camino hacia el paraíso sintoísta.

Era muy estricto en su deber, reflejando la ideología de casi todo el panteón.

Los forasteros rara vez eran admitidos. Salir estaba expresamente prohibido sin un permiso especial.

Era como el Olimpo griego, pero con la diferencia de que las deidades sintoístas estaban más o menos conformes con esas reglas y no se marcharían ni siquiera si tuvieran la oportunidad.



Simplemente no eran del tipo que vagaba innecesariamente fuera de casa. Su principal interés era mantenerse entre los suyos.

Pero esto también significaba que podían ser extremadamente poco acogedores con la mayoría, si no con todos, los visitantes.

Especialmente con los grandes y escamosos.

Cuando Sarutahiko vio a una enorme bestia escamosa acercándose a su tierra natal, de inmediato apretó con fuerza su famosa arma enjoyada.

No pensó de dónde había venido la criatura, ni cuál era su objetivo. Su único enfoque era impedir que un ser de aspecto tan siniestro entrara en su gloriosa patria.

Apretando su agarre en su famosa arma, las gemas brillaron con una luz divina que quemó toda oscuridad.

Con una mano y forma experta, el dios brillante lanzó la famosa arma contra la bestia que se aproximaba.

Un arco de luz cruzó el puente, como un misil, dirigiéndose hacia la aún imperturbable Gandora.

Ella ni siquiera había reducido la velocidad.

Antes de que el arma tocara sus preciosas escamas, una mano con garras, formada de oscuridad solidificada, atrapó el arma en el aire.

Sarutahiko sintió que todo su cuerpo se tensaba.

Su ansiedad solo se calmó cuando notó la tienda real sobre el lomo de la bestia y vio que una mujer familiar asomaba la cabeza.

—Vaya recibimiento tan poco cálido, Guardián. Pensé que ya habíamos hecho mucho por mejorar las relaciones entre nuestros pueblos, desde nuestro último encuentro.

El rostro del viejo Guardián se iluminó.

—¡Emperatriz! Mis disculpas, no sabía que era usted. Aunque debería haberlo supuesto, ya que en las pocas ocasiones en que una bestia demoníaca ha llegado al puente, siempre ha pertenecido a su familia.

De pronto, un movimiento detrás de Ayaana reveló a Abaddon, que asomó la cabeza junto a la de ella.

—¿Quién es la bestia demoníaca? ¿Has visto alguna vez algo más adorable que esto? Aparte de mis propias hijas, claro...





Sarutahiko miró más de cerca a Gandora.

—...Jajajaja... Veo que el Uma-Sarru tiene sentido del humor. Bienvenido. —El anciano sonrió.

Abaddon no entendía qué tenía de gracioso.

Gandora era una cosa indudablemente preciosa, y no toleraría ningún tipo de difamación que dijera lo contrario.

Abaddon y Ayaana flotaron hacia el viejo guardián y ambos le estrecharon la mano con cortesía. Era cierto que, en general, a las deidades sintoístas no les gustaban los forasteros.

Sin embargo, siempre se habían llevado bastante bien con Abaddon.

Nunca habían hecho nada que lo motivara a actuar contra ellos. Y como siempre había sido más cumplidor que malicioso, era bastante respetado.

El número de deidades sintoístas que lo veían con buenos ojos no era pequeño, aunque eso no significaba que estuviera completamente libre de enemigos.

—Por favor, dejad que os muestre el pala... —Las palabras de Sarutahiko se desvanecieron al ver a las personas adicionales que salían de la tienda.

O mejor dicho, a tres de ellas en específico.

—...Ellas no pueden entrar aquí. —negó tajantemente.

Nyx / Gaia: —¡¿CÓMO TE ATREVES?!

—Quejíos los que quieras. Nadie del Olimpo puede entrar aquí sin una orden escrita de la emperatriz.

—¿¡Por qué!? —rugió Gaia.

—Sabes perfectamente por qué.

Deméter fue la única que no pareció sorprendida ni lo consideró injustificado.

Abaddon no intentó usar su influencia para presionar a Sarutahiko y dejar entrar a las chicas.

Como estaba allí en un asunto no oficial, no tenía justificación alguna para hacerlo. No sería irrazonable a menos que la situación lo exigiera.

—Lo siento, amigas. Quedaos aquí por ahora. —Abaddon sonrió con picardía.

—Intentad no echarnos demasiado de menos. —Ayaana se rió.



Los amantes se alejaron, con su joven hijo a cuestas, dejando al trío de diosas mirándolos con una suave y lujuriosa admiración.

—...Escuchadme.

««No hace falta. Lo entendemos.»»

* * *

Takamagahara es uno de los reinos celestiales más hermosos y de los más apropiados para el título de paraíso.

Una ciudad antigua, pero extraordinaria, se alza sobre una superficie blanca y esponjosa, como nubes.

Entre todas las estructuras antiguas, hay una que sobresale por encima de las demás.

Un palacio digno de quien vive allí: brillante y radiante, con una esperanza y resplandor incomparables.

Dentro del palacio dorado, una hermosa mujer se sienta sola en un trono tradicional que vale su peso en oro.

Vestía gruesas ropas tradicionales japonesas, de un rojo brillante. Su piel era pálida y suave como la leche, y sus ojos eran de un hermoso naranja pintoresco.

Su largo cabello plateado estaba recogido en un moño, adornado con más de unos pocos ornamentos.

Era increíblemente hermosa, regia y refinada.

—Emperatriz.

Uno de los guardias en la puerta llamó su atención e interrumpió su momento de contemplación.

—El Guardián del Portal ha traído...—

—Dejadlos entrar.

Amaterasu no sabía exactamente a quién traía Sarutahiko, pero él no era el tipo de dios que dejaba entrar a cualquiera, y mucho menos a un forastero indeseado.

Así que debía de tratarse de un invitado muy distinguido.

Los guardias abrieron las puertas del gran salón, y el anciano barbudo entró, acompañado de tres de los individuos más altos que ella había visto jamás.





Contra todo pronóstico, la estoica y seria Amaterasu curvó los labios en una sonrisa.

—Debí suponer que erais vosotros dos. No recuerdo la última vez que Sarutahiko trajo voluntariamente a un invitado ante mí, de una manera tan sorprendente.

Ayaana sonrió cortésmente a la vieja diosa. —¿Eso significa que hemos fallado en sorprenderte?

—Así es. Me temo que tendréis que intentarlo de nuevo dentro de mil años.

—Lo anotaremos en nuestro calendario.

Ambas sonrieron, mientras Amaterasu se levantaba de su trono.

Las dos bellas mujeres se abrazaron en un gesto cálido que, por alguna razón, casi parecía familiar.

Cuando se separaron, Amaterasu miró a Abaddon, que a su vez la miraba fijamente.

—...Vieja bestia.

—Carne fresca de presidio.

—Viejo decrepito.

—Loli.

—¡Eres un bastardo...! —Amaterasu comenzó a gritar, pero rápidamente se contuvo, para no dejar que el dragón negro ganara.

Pero como su rostro ya se había puesto rojo, Abaddon supo que había salido victorioso.

—...¿Qué clase de juego es este? —preguntó Bashenga, alzando una ceja.

Abaddon rió mientras posaba su mano en el hombro de Amaterasu.

—Hijo mío, esta joven dama es una amiga de la familia. La conozco desde que ascendió a su posición actual.

Amaterasu calentó su hombro, hasta que alcanzó fácilmente la temperatura del sol.

Pero Abaddon era el cosmos mismo. Contenía nuestro sol, y millones más como él, dentro de sí, en cada momento de cada día.

Así que, cuando Amaterasu se dio cuenta de que no podía quemarlo, apartó su mano, como si fuera una mosca molesta.





—Tu viejo y arrugado padre es un azote continuo en mi vida. Solo porque es más viejo que el pecado, cree que tiene derecho a tratar a todos a su alrededor como si fueran bebés indefensos... Pero tus madres son las mujeres más encantadoras que he conocido.

—...Una observación astuta. —asintió Bashenga.

Los ojos de Ayaana comenzaron a llenarse de lágrimas.

—¿¡Has oído eso!? ¡Nuestro bebé dijo que éramos encantadoras!

—¡Recobrad la compostura, madres!

—¡No, danos un abrazo!

—¡Dejad de tocarme en público! ¿Por qué todas vosotras, diosas primordiales, tenéis que ser iguales!?

Mientras Ayaana perseguía a su hijo por la sala del trono, Abaddon y Amaterasu se quedaron atrás observándolos divertidos.

—...Entonces... ¿cómo está él? —preguntó ella finalmente.

Abaddon no necesitó preguntar a quién se refería.

—Vosotros dos trabajáis bastante juntos. ¿Me dices que honestamente no lo sabes?

—...Olvida que lo pregunté. —dijo Amaterasu con frialdad.

Apiadándose de ella, Abaddon sonrió a modo de disculpa.

—...Apophis le está yendo bien. Creo que quizá le gustaría reavivar vuestra amistad.

Por primera vez desde su llegada, Amaterasu adoptó una expresión imperturbable, fría y con porte de emperatriz.

—...No siempre conseguimos lo que queremos en la vida. Incluso si somos dioses.

